

Con El, qué dulce y plácida  
 la vega de azucenas,  
 De rosas y jazmines  
 qué oloroso el pensil.  
 Sin El, todas las cosas  
 están de tedio llenas  
 Y no hay solaz ni alivio  
 de esta vida á las penas,  
 Ni encanto, ni misterio,  
 ni fuego juvenil.

¡Dáme, dáme, Dios bueno,  
 de tu amor el tesoro!  
 ¿Hasta cuándo infelice  
 vago del mal en pos?  
 Yo, pobre delincuente  
 tu alta piedad imploro;  
 Tú eres beldad eterna,  
 la beldad por quien lloro;  
 Serví á dioses ajenos;  
 cual Tú no hay otro Dios.

Al fin, aquí me tienes;  
 no me mires airado;  
 Mirame sí, cual miras  
 á quien tu amor le das.  
 De hoy más, amarte siempre  
 ante el cielo he jurado;

¡Amarte, cual tus santos  
 te aman, fuérame dado!  
 ¡Oh Dios, lo espero: un santo,  
 de un pecador, harás!

México Junio 4 de 1876

EL CIELO DE OCTUBRE.

SONETO.

Ese azul de magnífica hermosura  
 Que al mirarlo, ya alegre, ya entristece,  
 Cuando en Octubre límpido aparece  
 Y el aura sopla sosegada y pura,  
 «Cuánto—háceme exclamar—mi suerte es dura  
 ¡Oh cielo, cuál mi espíritu padece!»  
 Pues luego en él ese delirio crece  
 Por no sé qué idéal de mi ternura.  
 ¿Habré de estar siempre ávido y sediento  
 De bien y amor en triste desvarío?  
 ¿Nunca ese anhelo quedará contento  
*De un no sé qué* por cuyo goce ansío,  
 Que no comprendo y sin embargo siento?  
 ¡Ah!..... ¡Tú lo tienes!..... ¡Dámelo, Dios mío!

Morelia, Septiembre 1863.



## EL AMOR DE DIOS.

¡Oh Dios de mis amores,  
Dulce solaz á mi anhelante pecho  
En los fieros ardores  
De un corazón por el amor deshecho,  
Que por amar se agita  
Y en vano quien le calme solicita!

Yo en tu presencia lloro  
Y en mi delirio por seguirte ansío,  
Sombra de un bien que adoro  
Y estrechar quiero contra el pecho mío,  
Pero ¡inútil empeño!  
¿Es tu visión la de no más un sueño?

¿Vuelas acaso en alas  
De la brisa ó del austro prepotente?  
O, dime, ¿son tus galas  
Esas que el sol despliega refulgente,  
O es tu aliento, amor mío,  
El de las flores en el bosque umbrío?

¿Tu amor es por ventura  
Como el que hace á un padre afortunado

Llorar de dicha pura,  
Si se ve de sus hijos rodéado  
En prole numerosa  
Que de respeto y juventud rebosa?

¿Amarás como ama  
Una madre á su hijo? ¿El ardoroso,  
El dulce afán que inflama  
El pecho de la esposa y del esposo,  
Cual en causa primera  
Se hallará en tí, de altísima manera?

¡Criador adorado!  
Si yo veo las trazas inauditas,  
Con que de este menguado,  
Tan grande tú, mi afecto solicitas,  
¿Cómo no habré de amarte?  
¡Todo mi corazón anhelo dartel!

Tú al pobre fugitivo  
Jacob, que va de penas abrumado,  
Lo entregas compasivo  
A dulce sueño, y luego tu cuidado  
Y amparo le aseguras,  
Y por Abraham y por Isaac lo juras.

Y ese David que, siendo  
De tu favor criatura preferida,



A crimen tan horrendo  
Arrojárase adúltero, homicida,  
Después que tú, de triste  
Condición, hasta el trono le subiste;

Ese David ingrato,  
¿Qué no dirá de tu piedad sin taza  
Cuando ya el arrebató  
De tu cólera trueno y amenaza?  
¡Cómo le perdonaste!  
¡Perdón y más perdón le prodigaste!

¡Oh! con razón decía,  
«¡Pequé contra tí solo!» y alza el grito  
Invocando á porfía  
De tu piedad el cúmulo infinito,  
De entonces ese hombre  
Ya no bendice sin ardor tu nombre.

¿Y qué tu amor no prueba  
Por el amor del Mundo? ¿No hemos visto  
A Dios en forma nueva,  
En forma humana, aparecer el Cristo,  
El ansiado Mesías  
Que á Jacob y sus hijos prometías?

Y entonces ¿qué no hiciste  
Por ese afecto con que nada ganas,

Afecto que resiste  
Darte ese vil por el que así te afanas?  
¡Cuán dulces artificios!  
¡Cuánta fineza! ¡qué de sacrificios!

Ya tu piedad convida  
Al pecador, con el sentido ejemplo  
De la oveja perdida;  
Ya en aquel tierno padre te contemplo  
Que, en piadoso arrebató,  
Corre á estrecharse con el hijo ingrato.

O ya también te dejas  
Reconocer, en el pastor que muere  
Librando sus ovejas  
Del fiero lobo que robarlas quiere;  
No en vano lo decías,  
Poco después cual víctima morías.

¡Oh día memorable,  
En que abatido y expirante vimos  
A tu Verbo adorable,  
Por el que el hombre y todo sér vivimos,  
Al Hijo de tu mente,  
Igual á tí, glorioso, omnipotente.

¿Qué se hizo el estruendo,  
Señor, de tu poder en ese día,



Y aquel rugir tremendo  
 Con que á tu voz el huracán barría,  
 Con furor inaudito,  
 Hombres y rocas por menor delito?

—  
 ¡Ah!..... que el amor te tiene  
 En una humilde víctima trocado;  
 Y ¿quién á creerlo viene?  
 ¿Tú eres Dios..... el que estás crucificado?  
 ¡Oh! amor me convence  
 Cuando sé bien que amor todo lo vence.

—  
 Vente, pues, á mi pecho,  
 Imagen de mi Dios que tanto adoro,  
 Yo contigo me estrecho  
 Y enagenado, delirante, lloro,  
 Al ver tanta locura  
 (Dirélo así) de Dios por la criatura.

—  
 Bien sé que no es tu esencia (1)  
 Lo que estoy adorando, *vil madero*;  
 Mas, un Dios tu presencia  
 A la mente me trae, á la manera  
 Que el pobre amante mira  
 El retrato del bien por quien suspira.

(1) Alusión á unos versos impíos y contra la adoración de las imágenes, que aparecieron en esa época (1860). También son alusivas varias de las estrofas siguientes, como puede notarse.

Bien sé que hay hartas flores  
 Donde la imagen de mi Dios adoro,  
 Celajes de colores,  
 Fuentes de plata con arenas de oro,  
 Torrentes de armonía  
 Y mil olores en la selva umbría.

—  
 Pero, natura hermosa  
 Si al alma enseña, de su autor primero,  
 La bondad amorosa,  
 Tu cuánto me recuerdas, *vil madero*,  
 De ese amor la locura  
 Con que Dios entregóse á la criatura.

—  
 Y en tanto llega el día  
 De ver esa mansión en donde habita  
 Esa, que el hombre ansía,  
 Felicidad sin término, infinita,  
 Ese bien anhelado  
 A quién amar y del que ser amado,

—  
 Serás ¡oh Dios! mi anhelo,  
 Será tu nombre el que á mi voz inspire  
 Himno que suba al cielo;  
 Que el entusiasmo y juventud respire,  
 Poësía amorosa  
 En que mi ardiente corazón rebosa.



Te adoraré en las flores,  
 Donde tus gracias y beldad se miran,  
 Del sol en los fulgores,  
 Del cielo en esos astros que me admiran,  
 Y en ese mar inmenso,  
 Do descubrir tu majestad yo pienso.

Iré á tu templo santo,  
 Do recojer quisiste tu presencia.  
 Y entre el gozo y espanto  
 Que inspiran ese amor y omnipotencia  
 De un sin igual portento,  
 Adoraré el augusto Sacramento.

Y al oír el sonoro,  
 El sublime torrente de armonía,  
 Que retumba en el coro  
 Enalzando tus glorias á porfia,  
 A tí quede mi pecho  
 En efusión suavísima deshecho.

Yo viviré dichoso  
 En adversa ó en próspera fortuna,  
 No siéndome dudoso  
 Haya de sucederme cosa alguna,  
 Sino á bien dirigida.  
 De mi felicidad apetecida.

Y la hora llegada  
 Que sea, de mirarte frente á frente.  
 Esa faz enojada,  
 Temblando y yerto de terror ingente,  
 Yo moriré abrazado  
 Con la imagen de Dios crucificado.

Yo invocaré tu nombre,  
 ¡Oh, tú que fuiste la esperanza mía!  
 Unico bien del hombre  
 Que en tus piedades y favor confía,  
 ¡Dios de los pecadores!  
 ¡Dios de mi juventud y mis amores!

Morelia, Septiembre de 1863.

#### A MARIA SANTISIMA.

A tí, más bella que en desierto ardiente  
 La palma silenciosa,  
 Pura, más que la tórtola inocente,  
 Cuando el retiro busca diligente  
 En la arboleda umbrosa;

A tí, más dulce que la luz tranquila  
 Del astro matutino,



Cuando tras fiera oscuridad rutila,  
Para el pobre viajero que vacila  
En áspero camino:

A tí consagro este primero canto  
De mi juvenil fuego;  
A tí, que en medio á mi fatal quebranto  
Apareces, me miras, y del llanto  
Me tornas al sosiego.

Yo vagaba, perdida la esperanza,  
Por sendas horrorosas;  
Mi poder á salvarme ya no alcanza,  
Y oigo sólo bramar en lontananza  
Tormentas azarosas.

Pero te ví..... ¿Quién igualar podría  
Tus gracias y dulzuras?  
A tu mirar sereno nace el día  
Y huyendo va la tempestad sombría  
Con la crüel tristura.

Yo te adoro, doncella bienhadada,  
Humilde galilea;  
Vives oculta en mísera morada,  
Pero ¡ah! que el mundo te verá aclamada  
La Reina de Judea.

Vedla.....; ni el lirio en el abierto valle  
Se mece tan donoso,  
Como al pasar por escondida calle,  
Esa niña sin par, de esbelto talle,  
Porte majestüoso.

Yo te adoro, celeste criatura,  
Fuente de gracias viva;  
¿Qué tienes tú, que no hay en la hermosura  
De otra mujer, que así de tal dulzura  
El corazón cautiva?

¡Oh! La belleza de la argiva Helena,  
De Lucrecia romana,  
De infausto amor los pechos envenena  
Y de sangre y dolor el mundo llena;  
Siempre belleza humana.

Mas, ¿quién sintiendo el puloroso fuego  
De tu mirar divino,  
Amor á la virtud no siente luego?  
Y quién no tiene en plácido sosiego  
Desque á mirarte vino?

Tú, esa Esther, de púdica belleza,  
De Judá tan querida;  
Tú, Judith, la de heróica fortaleza,  
La gloria de Salem, del pueblo alteza  
Y su prez más cumplida.



¡Oh! cómo el grito universal te llama  
 Dichosa y muy dichosa.  
 ¡Oh! cómo el gozo universal se inflama  
 Cuando el Eterno «Madre» te proclama  
 Y «de su amor Esposa.»

¡Oh! tamaña grandeza como inspira  
 Al poeta creyente.  
 Niña feliz, á quien mi mente admira,  
 Tuyo es mi corazón, tuya es mi lira,  
 Acéptalos clemente.

Morelia, Diciembre 8 de 1862.

### LA CONCEPCION DE MARIA.

SONETO.

Era la hora en que el Señor del cielo  
 Con sublime dulzura sonreía,  
 Y el empíreo, cual nunca, en ese día  
 Rebosaba de gozo y de consuelo.

El ángel, mudo, descorrido el velo  
 Del grande arcano, atónito veía  
 La Concepción sin mancha de María,  
 Ya concedida al miserable suelo.

Ella es del Orbe Reina soberana,  
 Maravilla de gracias inefable;  
 Y el Rey la mira y su furor no dura  
 Que antes había con la raza humana.

¡Bendito Dios, magnífico y amable!  
 ¡Bendito el Hijo de la Virgen pura!

Diciembre 7 de 1866.

Tú, la gentil Rebeca, intacta esposa  
 Para el hijo de Sara;  
 Tú, Raquel, tan amable y cariñosa  
 Que, por su amor, á servidumbre odiosa  
 Isráel se entregara.

¡Oh! ¿á quién te comparo.....? Las estrellas  
 Ante la faz egregia  
 De la luna, son pálidas centellas;  
 Muy humildes también las rosas bellas  
 Junto á la palma regia.

Tuya es la tierra, desde el pueblo Hispano  
 Al Japonés distante,  
 Del Groelandino al Patagón lejano;  
 Tuyo también el mundo sobrehumano  
 Del serafín radiante.

Venido han á tu altar las aldeanas  
 Para ofrecerte flores,  
 Y póstranse á tus plantas soberanas  
 El pueblo, el Rey, las ricas cortesanas  
 Y los grandes señores.

Gózate alegre á tan excelsa gloria,  
 Amable galilea,  
 En Dios tu Salvador; fué transitoria  
 La humillación, mas de inmortal memoria  
 El triunfo tuyo sea.